

gerardo molina: un símbolo de tolerancia política

darío acevedo carmona*

Gerardo Molina (Gómez Plata, Antioquia, 1906. Bogotá, 1991). Abogado de la Universidad Nacional, Bogotá. Parlamentario. Rector de la Universidad Nacional. Autor de *Proceso y destino de la libertad* (1955). *Las ideas liberales en Colombia*, tres tomos, (1970-1977). *Breviario de Ideas Políticas* (1981). *Las ideas socialistas en Colombia* (1987). *Orígenes y desarrollo del Estado en Colombia* (obra póstuma: 1995).

Doctor Honoris Causa en Humanidades de la Universidad Autónoma Latinoamericana en 1989.

El pasado 29 de marzo, cumplió cuatro años de muerto **Gerardo Molina**. Con

tal motivo, la Universidad Externado de Colombia, la Corporación que lleva su nombre y la Fundación Santillana para Iberoamérica realizaron en Santafé de Bogotá un acto académico, a manera de homenaje, en el cual se presentó su obra inédita: **"Orígenes y Desarrollo del Estado en Colombia"**.

La fecunda trayectoria del Maestro Molina —como se le reconocía afectuosamente— invita a reflexiones profundas sobre los problemas de la Colombia convulsa y conflictiva de las últimas décadas, de un país que se mueve aceleradamente bajo la impresión de carecer de rumbo preciso y en el cual, el ritmo acelerado de los acontecimientos conduce a la pérdida de la perspectiva y del horizonte, y a la constatación de que tenemos una memoria frágil y cortoplacista.

En efecto, Gerardo Molina, como político, investigador, académico y como hom-

* El autor es profesor y Director de los Programas Curriculares de Historia en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín.

bre de ideas, dejó una impronta y huella profunda y sugerente para encarar y pensar los grandes dilemas nacionales. Cuando tenía apenas 28 años de edad, fue elegido senador de la república en el primer mandato de Alfonso López Pumarejo. Desde el parlamento de la **"revolución en marcha"** empezó a fraguar las razones de una trayectoria vital que le sería característica hasta el final de sus días. Sus posiciones, sus proyectos, sus actos siempre estuvieron fundamentados en serias y sistemáticas argumentaciones teórico-filosóficas que se inspiraban en los ideales del socialismo democrático, cuidándose bien de diferenciarlos de los postulados autoritarios del stalinismo. La firmeza de pensamiento que exhibió a lo largo de su carrera política, no fue obstáculo para el ejercicio de unas maneras refinadas en la contrastación y en el debate y para distinguirse por su tolerancia y su respeto por las ideas ajenas. Por ello Molina, no obstante la férrea defensa de su visión de la sociedad y del país desde una perspectiva democrática apoyada en el principio de la justicia social, nunca fue visto como un protagonista del clima sectario, ni del ambiente de pugnacidad y de violencia que caracteriza las relaciones entre los partidos tradicionales en los años cuarenta y cincuenta, ni acolitó los proyectos de la izquierda guerrillera de las últimas décadas.

Para él, la tolerancia era una virtud, condición esencial para la libre confrontación de ideas, visiones y proyectos, y no el recurso de la conciliación o del sacrificio de los ideales propios. Su mensaje y su práctica no encontraron amplio eco en un país acostumbrado al sectarismo de los partidos, a la prepotencia de quienes gobernaban, al maximalismo de las izquierdas y a los desmanes de los poderosos.

Como no era un hombre obtuso, ni empedernido, entendió cabalmente las urgencias de cada momento y por ello no tuvo dudas en reconocer en los años ochenta,

cuando presencié la crisis y la caída del comunismo en la Europa oriental, que ésta no era la hora propicia para acometer la lucha por el socialismo que él había soñado e ideado en términos libertarios. Preocupado por la violencia política, dedicó sus energías a la lucha por la paz y por la afirmación de las transformaciones democráticas que lentamente se abrían paso en el país desde comienzos de los años 80.

Es esta preciosa parte de su gran legado político e intelectual, el que queremos destacar por su vigencia y por su pertinencia. Sin duda alguna, el problema más acuciante del país es el relativo a la confrontación armada, es decir a la violencia política que caracteriza las pugnas interpartidistas en la época contemporánea, y es a esta cuestión a la que el maestro Molina dedicó sus postreras energías y sus ideas. Lo hizo al aceptar su nombramiento en las comisiones de paz en los gobiernos de Turbay Ayala y Belisario Betancur, como ponente de la ley de amnistía promulgada por el Senado en el mandato de Betancur, pero también con el ejemplo de su conducta y de sus prácticas políticas. Honestidad a toda prueba, solidez teórica, pensamiento profundo, perspectiva histórica, respeto por la opinión del otro, enemistad con toda clase de fanatismos, tolerancia y permanente lucha por la justicia social y la democracia, es el aporte de este hombre de vida sencilla, serena y tranquila que entendió el ejercicio de la política como un auténtico magisterio de formación ciudadana. Molina es un referente sobre las alturas que debe remontar el vilipendiado ejercicio de la política en Colombia.

El libro póstumo que se acaba de editar viene a engrosar su amplia producción académica, la misma que ha sido utilizada profundamente en los círculos universitarios e intelectuales y que seguramente arrojará luces para la comprensión de la problemática de la evolución del Estado colombiano.